

Francisco José de Caldas

Por José Enrique Arboleda V.

Empequeñecer los héroes no es hacer historia sino deformarla, y, pues, por desventura nuestra el colombiano tiene un sentido crítico que se complace en mirar a todo trance el lado flaco de los hombres, precisa ahora más que antes realzar los valores egregios de la nacionalidad ante el avance de filosofías extrañas, que fincan el éxito de la sujeción intelectual de estos pueblos a sus dictados imperiosos en la desvalorización de nuestros grandes conductores para aflojar los resortes del patriotismo, defensivo de las fundamentales tradiciones que forman el alma de la raza. Por eso me han confiado el encargo de exaltar hoy la memoria de Francisco José de Caldas, a fin de tratar de que cada uno de los colombianos, aplicándola a Colombia, sienta en el fondo de sus entrañas, como verdad pungente, la cálida expresión del gran lírico español contemporáneo: "En mí se ha dado la historia de España como una corriente que pasara por mi corazón".

La evidencia histórica hispano americana es la siguiente: Recios aventureros españoles conquistaron estas tierras para la nación ibera, que organizó en ellas el régimen colonial de tal forma que las cadenas de la servidumbre pesaron sobre el criollo como "infeliz colono" y un buen día un puñado de intelectuales granadinos, como en los demás países de habla hispana, se alzaron contra la monarquía decadente y luego de vicisitudes increíbles y un correr de la sangre en larga vena, brilló el sol de los libres sobre el vasto continente americano. Les negaremos entonces el homenaje de nuestro reconocimiento y las voces de nuestra gratitud porque tuvieron defectos y flaquezas? Opacaremos sus memorias porque incurrieron en grandes y pequeños yerros? Los destituiremos del sitio de honor en que se encuentran porque fueron discolos e incomprensivos muchas veces, porque no actuaron en todo momento con delicadeza o con mesura, porque se dejaron llevar de sus disímiles temperamentos o porque no procedieron como nosotros cree-

NOTA. — Rendimos homenaje al sabio Caldas al cumplirse a finales de 1968 el Centenario de su natalicio, transcribiendo para nuestros lectores este magnífico estudio sobre la vida y la obra del ilustre payanés.

mos que debieran haber actuado? La grandeza humana no se mide por la ausencia de errores de conducta, pues ninguno hay perfecto sobre la haz de la tierra, y las más excelsas cumbres se levantan sobre ásperos declives y espantosos abismos.

De Francisco José de Caldas ha llegado a nosotros una figura deformada en su temperamento y conocida sólo por brillantes fulgores de una sabiduría inmensa, pero malograda, cuya culminación truncó el fusil que le impidió el paso meditabundo, convirtió en forzado coronel de ingenieros al dulce soñador, cuya frente "permanecía llena de estrellas, de ángulos y de alturas" e hizo mártir de la Independencia la sorda cólera de un soldado hirsuto, a quien pidió gracia de la vida, con cobarde gesto, en humillante carta a Don Pascual Enrile. Pero ése no fue nuestro prócer. Si uno se adentra en los meandros de su vivir inquieto halla belleza sin par, digna por el sino adverso que lo persiguió a cada instante, de la tragedia griega, y enrutada con tenacidad inquebrantable hacia una meta que parecía imposible: lograr la libertad por la sabiduría. Los buscones de flaquezas en nuestros próceres, que han creído hallar en la picaresca de sus vidas la verdadera historia de esos días gloriosos, no han mirado este aspecto en que de verdad sí se profundiza la historia al encontrar una honda causa del movimiento libertador, que el florero de Llorente hizo estallar el 20 de julio de 1810, como hubiera podido producirlo otro pretexto de igual o de menor valía antes o después de esa fecha simbólica, porque todos quienes tomaron parte en ese movimiento o a él se sumaron tenían íntima convicción de la necesidad de liberarse y de sacudir la plomiza losa que oprimía a los espíritus. No era tanto la libertad política lo que perseguían, cuanto la liberación espiritual. De allí que en un comienzo no proclamaron la independencia absoluta de España, sino que exigieron igualdad de trato con base en la dignidad de la persona humana: No otra cosa respira el famoso Memorial de Agravios de Don Camilo Torres, el ideólogo de nuestra emancipación. Y por eso también que muchos de ellos, empezando por el gran Miranda e incluyendo a nuestro sabio mártir, hubieran pensado, ante el fracaso inicial de la acción armada, que había sido prematuro buscar el poder político y manifestaran duda o arrepentimiento por haber tratado de alcanzarlo.

Y éso no los demerita, porque hay que juzgarlos ante su propia conciencia, frente a las convicciones que abrigaban y que les movió la voluntad resuelta para la acción histórica. Producida la independencia política de España, a un siglo y medio de los hechos que le dieron ser, es muy fácil hablar de flaqueza, debilidad o cobardía, pues el suceso cumplido se impone a nuestra mente y no procuramos hallar la manera de entender cómo los actores del drama hubieran tenido vacilaciones o dudas para escoger el difícil camino que los conduciría a romper una servidumbre afianzada por tres siglos de sumisión no discutida y justificada por principios al parecer sagrados e intocables, como el del Derecho Divino de los reyes.

La Independencia fue el resultado del ansia de saber que despertó en los granadinos la Expedición Botánica, iluminada por la sabiduría de José Celestino Mutis; fue obra de intelectuales que hallaban recortado el horizonte para el fecundo vuelo de sus inteligencias por la

restringida organización educativa de la Colonia y que sintetizó Bolívar en esta frase exacta: "Estábamos abstraídos, ausentes del universo". Caldas la describe así en una de sus cartas: "Qué cierto que nosotros vamos dos siglos atrás de Europa. Cuando se nos presenta una idea feliz, que no la hemos visto en los pocos y viejos libros que llegan a nuestras manos, nos parece que hacemos algo nuevo, y ya hace doscientos años que se puso en práctica entre las naciones cultas". Y en otra posterior es aún más enfático al lanzar esta queja: "Qué dudas, qué suerte tan triste la de un americano. Después de muchos trabajos, si llega a encontrar alguna cosa nueva, lo más que puede decir es: no está en mis libros. Podrá algún pueblo de la tierra llegar a ser sabio sin una acelerada comunicación con la cultura europea? ¡Qué tinieblas que nos cercan! Pero ya dudamos, ya comenzamos a trabajar, ya deseamos, y ésto es haber llegado a la mitad de la carrera". He aquí el poderoso dinamizador de la energía que alumbró la independencia americana: liberación espiritual, libertad de los espíritus que anhelaban "querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo" entre la obscuridad impuesta por un régimen de sistematizada ignorancia, de tal modo cierta que el propio Salvador de Madariaga en su Cuadro Histórico de las Indias y no obstante el esfuerzo que hace para tratar de probar la falsedad de este aserto, apunta: "En 1791 se retrocedió en la libertad de cultura por los excesos de la Revolución Francesa".

Ni el ansia de poder, ni el afán de riquezas, ni la adquisición de preponderancia social o política iniciaron el movimiento emancipador, pues todo ello lo tenían los miembros de la clase dirigente criolla que se lanzó a la insurgencia y sin excepción entregaron sus fortunas para conseguir el éxito de su generoso empeño. Fue el despertar de las conciencias a la mañana de la sabiduría lo que los hizo rebeldes al sistema imperante, pues como lo reconoce el Barón de Humboldt "por todas partes se observa un gran movimiento intelectual, una juventud dotada de excepcional facilidad para comprender los principios de la ciencia", lo que corrobora con esta otra observación concreta: "El progreso de la cultura es de lo más notable en Méjico, La Habana, Lima y Santa Fe, Quito, Popayán y Caracas". Fue el vivaz anhelo por despejar "esas tinieblas que nos cercan" de que hablaba Caldas, lo que dió por resultado la completa independencia de España. Primero fue la batalla de la luz: la victoria de las armas fue obligada consecuencia de la absurda incomprensión de los gobernantes peninsulares. Uno de los principales autores de la tragedia, Don Toribio Montes, el gobernador de Quito que ordenó el fusilamiento de Macaulay y Caicedo, ya en Madrid, el 23 de julio de 1819, en importante carta aún inédita, que reposa en el Archivo Central del Cauca, dirigida a Don José María Mosquera, en la que revela que por su intervención no fue pasado por las armas este otro payanés ilustre, lo reconoce con estas textuales palabras: "Se sabe aquí ya la reconquista de Puerto Velo; pero la pacificación de Caracas va larga mientras conserve el mando Morillo, y de todos modos quedarán aquellos países enteramente destruídos, cuando desde el principio hubieran podido tranquilizarse si hubiesen seguido otro método".

Esa fiebre de saber, ese delirio por instruirse domina desde la más temprana edad a Caldas. Sus numerosas cartas testifican un afán

de cultura vehementísimo, que no hallaba saciedad dentro del estrecho medio en que vivía. En la primera que escribió al sabio Mutis para agradecerle el envío de la Filosofía Botánica de Linneo y luego de narrarle cómo en el Real Colegio y Seminario de San Francisco de Asís de Popayán, guiado por un insigne catedrático, Don José Félix de Restrepo, se “aplicó al estudio de la aritmética, geometría, trigonometría, álgebra y física”, le dice: “Estos (conocimientos) no eran sino las semillas de la ciencia, que era preciso fomentarlas, multiplicarlas de todos modos, comenzar a observar y poner en práctica los principios. Nada tocaba más vivamente mi gusto que la astronomía; su relación con la navegación, con la geometría, con la cronología, lo brillante y magnífico del espectáculo me decidieron por ella. Pero qué podía hacer en un país en que se ignoraba hasta los nombres de cuarto de círculo, telescopio y péndola? Cuatro libros que una feliz casualidad arrojó a esta ciudad me daban nociones de esta ciencia y de sus instrumentos; mis deseos, mi furor por la astronomía, me sugería recursos. Un pequeño gnomon que hice construir me entretenía; tiraba meridianos, observaba alturas del sol, fijaba latitudes, calculaba azimutes, y aprendí a conocer la amplitud de la elíptica por las observaciones de los solsticios; con sólo ese instrumento estaban para mí como aniquiladas las estrellas y los planetas y no podía dar un paso más en la ciencia que hacía mis delicias”.

Esta carta revela a mi juicio uno de los rasgos característicos de la personalidad de Caldas: su invicta constancia y su capacidad inventiva. “Qué podía hacer, dice, en un país, que ignora hasta los nombres de cuarto de círculo, telescopio y péndola” y donde la “feliz casualidad” permite conocer libros científicos? “¿Qué podía hacer?”. Lo que realizó: construirse con sus propias manos, ayudado por inteligentes artesanos payaneses, los instrumentos de su felicidad imposible, con tales perseverancia e ingenio, que en el patio colonial de su casa paterna organiza un elemental observatorio astronómico que le permite contar el 5 de septiembre de 1798 a Don Santiago Arroyo, el amigo de su alma: “Actualmente me preparo a observar dieciseis eclipses de los satélites de Júpiter, que hay en este mes, calculados para el meridiano del Observatorio Real de Cádiz, y reducidos al de Popayán. Lo que me había impedido observar estos eclipses era la falta de un telescopio, y ya la tengo casi a fuerza de trabajo, de combinaciones y del estudio de catóptrica. He llegado a formar uno con que veo a perfección el anillo de Saturno, los satélites de Júpiter y las zonas oscuras de este planeta”; y cuatro meses después le narra el éxito que ha alcanzado, diciéndole: “La una de la mañana era y no podía dejar el cielo, ni mi telescopio. Saturno y Júpiter volvían y revolvían en mi imaginación; sus zonas o fajas, el anillo, los satélites, todo llenaba mi alma de placer o contento. Ah! créamelo Ud., no me habría trocado en la noche del último de noviembre por César después de la batalla de Farsalia”. Y ducho en astronomía, su insaciable curiosidad intelectual lo mueve a emprender nuevos rumbos científicos. En carta del 20 de junio de 1799 encarece al mismo amigo le consiga libros de botánica y le agrega: “Quizá Ud. extrañará este furor botánico; pero si supiera Ud. que hace muchos días lo hago mi único estudio, convencido de la falta que

me ha hecho en mis correrías, no se admirará. Cuánto me he arrepentido de no haber cultivado este estudio un poco antes! Cuántas riquezas y bellezas han pasado por mis manos sin conocerlas! Este dolor no lo puedo mitigar, sino aprovechando el tiempo para lo sucesivo". Aquí se halla de cuerpo entero el temperamento de nuestro conterráneo: la dificultad no lo arredraba, lo imposible era concepto desconocido para su actividad creadora, su inteligencia polifacética encontraba fácil vado en torrentes al parecer intransitables y con igual eficacia podía realizar altísimas especulaciones científicas, llevar a cabo experimentos de precisión admirable, construir asombrosas obras de mano, escribir páginas de antología, dibujar con perfecto trazo los accidentes o las perfecciones de la naturaleza, fabricar balas y fusiles y enseñar la ingeniería militar para conseguir con las armas el derecho a la libertad de espíritu y de cultura, que no pudieron alcanzar las advertencias oportunas de gobernantes previsores y los razonamientos de Don Camilo Torres, contundentes y macizos, que hicieron exclamar al maestro Valencia: "Figura a Hércules, con su pujante masa, majando un trono".

Asombro causa el ver todo lo que consiguió realizar Caldas en el breve término de 16 años de su truncada existencia, dedicados al estudio. El mismo resume sus trabajos científicos en la misiva a Enrile, de la siguiente manera: "He levantado la carta de casi toda la parte meridional de la Nueva Granada, no sobre conjeturas, relaciones vagas o borrones ajenos, sino sobre medidas, rumbos, operaciones geométricas, determinaciones astronómicas de latitud, y sobre todo en longitud y aprovechando los eclipses de luna y sol; ya las inmersiones y emersiones de los satélites de Júpiter, ya los impulsos de las estrellas por la luna, ya las distancias lunares, ya los azimutes de la luna, y, ya por el tiempo, o marcha de un cronómetro de Emery, tengo la satisfacción de haber fijado con rumbos precisos la longitud absoluta y relativa de Quito y de haber sacado, por decirlo así, de sus antiguos quicios a la carta de la Nueva Granada el meridiano del Observatorio de Santa Fe, la longitud de Popayán, y la de otros muchos puntos del Reino que han sido determinados... En la geografía creo haber hecho progresos... y han nacido en mi espíritu ideas nuevas y originales sobre las cartas geográficas, ideas que dando un grado de interés a estas producciones, las hacen más interesantes a las ciencias y a la sociedad... En la física he hecho algunos descubrimientos... El termómetro, las medidas con este instrumento, las mareas atmosféricas, la meteorología ecuatorial etc. han dado algunos pasos entre mis manos... Destinado por el Sr. Mutis a la provincia de Quito, recorrí esas regiones y colecté un herbario que ascendió a cerca de seis mil plantas ecuatoriales que están depositadas en la casa de la Expedición Botánica; este viaje me dió ocasión de comenzar una obra grandiosa titulada *Phitografía Ecuatorialis* (Geografía de las Plantas). Este es un corte del globo en sentido del meridiano, pasando por Quito y abrazando 9° en latitud, 4°,5 al norte y 4°5 al sur del Ecuador...".

Meditemos por unos instantes en la inmensa labor que esos trabajos significan y comprenderemos cuánta erudición y constancia, qué de profundas meditaciones, múltiples, concienzudos estudios que se prolongaban hasta la perlada claridad del alba, cuánto ir y venir

por los intrincados bosques de nuestras cordilleras, ascender sus cumbres y bajar a sus valles, una y otra vez, sin cansancio ni desmayo; cuán admirable tenacidad para repetir esos experimentos sobre la relación entre la temperatura del agua hirviendo y la presión atmosférica, importante descubrimiento suyo; cuántas dudas con ocasión de su hallazgo acerca de la posibilidad de medir las alturas con el termómetro, maravillado de que observación tan obvia no se hubiese ocurrido anteriormente a ningún otro físico. Baste saber que para comprobar la certeza de estos descubrimientos, que abrían la puerta para "hallar la altura de todos los lugares con sólo el termómetro y con tal grado de presión que no difiere de las indicaciones del barómetro ni en media línea", como lo afirma en carta al mismo amigo y confidente, cargado de reverberos y probetas y de los recipientes necesarios para "llevar el agua destilada hasta el punto de ebullición", sube, una y cien veces, a la loma de las Tres Cruces, luego a Paispamba, después al volcán Puracé y a los nevados de los Coconucos, hasta que consigue probar experimentalmente su aserto, y en cumplimiento de la misión que le confirió Mutis en la entonces provincia de Quito, dice el ilustre historiador González Suárez, "recorrió toda la meseta interandina en la República del Ecuador, desde Tulcán hasta Loja; se internó en los valles montuosos del Intag al occidente de la ciudad de Ibarra; estudió en la provincia de Esmeraldas las hoyas del río Mira y del Santiago; descendió a los bosques occidentales de la provincia de León; visitó dos veces el cráter del Pichincha; entró una vez en el de Imbabura; levantó una carta hidrográfica de la comarca del Intag y delineó con proligidad científica y concienzuda, el camino de Malbucho, que había de poner en comunicación la ciudad de Ibarra con el puerto de Pailón en el Pacífico".

Toda esta prodigiosa actividad investigativa que destruye la imagen que se nos ha trazado de un Caldas enfermizo y endeble, para mostrárnoslo como hombre capaz de los más grandes esfuerzos, cobra dimensiones aún mayores si tenemos en cuenta su tarea escrita en que describe sus viajes, sus excursiones, sus hallazgos y prolijas observaciones, ora en abundante correspondencia epistolar, ya en veintidós opúsculos, ensayos o artículos, cuyos solos epígrafes dan razón de su novedad e importancia y uno de los cuales: "El influjo del clima sobre los seres organizados", en que se adelantó a posteriores teorías evolucionistas, mereció que Don Lino de Pombo lo elogiase, diciendo: "que contiene tantos pensamientos como renglones y cuyo lenguaje abunda en bellezas de todo género...". Esa tarea escrita apareció casi toda en el "Semanario del Nuevo Reino de Granada", la primera revista literaria y científica que se redactó en lo que es hoy nuestra patria, cuyo fundador y director fue Caldas y que le confiere nuevo título de gloria, como precursor del periodismo científico colombiano, no tanto por haber sido el primero en el tiempo, cuanto por la excelsa calidad de los estudios en él publicados por el mismo Caldas y por el notable grupo de jóvenes de la Expedición Botánica, que en él escribía. Para darlo a la estampa y sostenerlo hubo de luchar con multitud de obstáculos y vencer dificultades de todo género; pero él era resuelto para emprender y constante en llevar a cabo las obras que iniciaba, haciendo ho-

nor a la tozuda y orgullosa sangre peninsular que corría de inmediato por sus venas, pues no fueron aquéllas la sola falta de recursos económicos, lo rudimentario de la imprenta, la selección de artículos, cuanto la lucha contra la censura oficial que el 6 de noviembre de 1807 lo lleva a emitir este juicio: "La libertad literaria expiró si el magistrado se arroga la autoridad desconocida de corregir las obras de los hombres de letras" y a tomar la siguiente resolución, si un artículo suyo, en prensa, fuese censurado: "Creo se cercenará, y de un cuerpo regular se hará un monstruo; pero estoy resuelto a suprimirlo a la primera enmienda, y retirarme a mi agujero. Que el mundo corra o se pare, poco me importa. Mis intenciones han sido puras al proyectarlo; si les hallan malicias que no tiene mi corazón, que las sufra otro, yo no".

Aquellos escritos no sólo poseen indudable valor científico sino que guardan además calidades literarias eximias. Profundo conocedor de la lengua castellana la emplea con propiedad y desembarazo, con elegancia, severo estilo y nítida claridad del lenguaje. Acostumbrado a la investigación paciente, sus trabajos literarios son primorosamente elaborados, sin caer en el amaneramiento, ni perder la sencillez que deleita en los grandes escritores. Hay páginas suyas que no parece que describen con palabras, sino que pintan con pincel maestro los encantos de la naturaleza. No recordáis su descripción del Salto del Tequendama? Oído: "El río Bogotá, después de haber recorrido con paso lento y perezoso la espaciosa llanura de su nombre, vuelve de repente su curso hacia occidente y comienza a atravesar por entre el cordón de montañas que están al sudoeste de Santa Fe. Aquí, dejando esa lentitud melancólica, acelera su paso, forma olas, murmullo, espumas, y rodando sobre un plano inclinado aumenta por momentos su velocidad. Corrientes impetuosas, golpes contra las rocas, saltos, ruido majestuoso, suceden al silencio y a la tranquilidad. En la orilla del precipicio todo el Bogotá se lanza en masa sobre un banco de piedra; aquí se estrella, allí da golpes horribles, aquí forma hervores, borbotones, y se arroja en forma de plumas divergentes más blancas que la nieve, en el abismo que lo espera".

Difícil es hallar vida más fecunda y laboriosa e inteligencia de más grande amplitud de vuelo, porque la mayor parte de esa erudición y ciencia no fue obra de la enseñanza en los bancos escolares ni universitarios, ni adquirida en ricas bibliotecas de que se carecía en la Colonia. Con las elementales lecciones de ciencias exactas y naturales que aprendió en el colegio de San Francisco de Asís de Popayán y las que escuchó en el Rosario de Santa Fe de Bogotá y los escasos libros científicos que logró conseguir ávidamente, pudo ascender por su propio esfuerzo a tal altura de conocimientos que sorprendió al Barón de Humboldt, quien le dijo públicamente, al conocerlo, en Quito: "He visto los preciosos trabajos de Ud. en astronomía y geografía; me los han enseñado en Popayán. He visto alturas correspondientes tomadas con tal grado de precisión, que la mayor diferencia no pasa de cuatro segundos" y quien asentó en sus memorias: "Es increíble que este joven americano se haya elevado hasta las más delicadas observaciones de la astronomía por sí mismo y con unos instrumentos hechos por sus manos". Y Mutis, achacoso y enfermo, preocupado por la suerte de la Ex-

pedición Botánica, a más de entregarle la dirección del Observatorio Astronómico de Bogotá, apenas terminado, lo presentó al Virrey suplicándole intercediera ante el Ministro de Indias para que nombrara a Caldas en su reemplazo, como el único granadino capaz de sucederlo en esa insigne empresa de cultura. Este reconocimiento de los méritos de Caldas hecho por dos de los más renombrados sabios de su época, fue el mejor galardón de su gigante esfuerzo y prueba irrefutable de su eximia grandeza.

La total dedicación de nuestro mártir a las labores científicas, que lo hicieron brillar con luz propia y esplendente en la astronomía, las matemáticas, las ciencias naturales y la física, terminó el 20 de julio de 1810 cuando el amante de la sabiduría se tornó en fervoroso insurgente. Por dar honor a su patria, como lo repite en sus misivas familiares y escritos públicos, se había entregado a la ciencia en forma tan absoluta que por mucho que se rastree en las intimidades de su vida, no es posible encontrar en ella actividad distinta del estudio, la observación y el meditar sin fatiga desde la más temprana adolescencia hasta este momento de su edad madura. Pero iniciada la revuelta y comprometida la suerte de la tierra granadina en el éxito del movimiento emancipador, Caldas consagróse con el mismo empeño, con igual tesón, en la misma forma exclusiva a servirla con nuevos y brillantes esfuerzos. Con Joaquín Camacho redactó "El Diario Político de Santa Fe de Bogotá", precursor del periodismo político colombiano, cuyo primer número vio la luz pública el 24 de agosto de 1810 y que fue el órgano de la revolución, con un significado preciso: formar conciencia de libertad. La masa amorfa de la Colonia sólo tenía deberes y era preciso enseñarle que poseía derechos; el indio, el africano, el mestizo, las gentes todas del pueblo únicamente sabían obedecer y había que convencerlas que la rebelión era justa y que podían sacudir el yugo. Y así, el enamorado de la naturaleza, el atildado narrador de sus secretos y encantos, sin perder la severa mesura de su estilo, escribió en ese diario artículos de recordación perenne para alentar a la revuelta, para soliviantar los espíritus, para animar a los vacilantes, para fortalecer a los decididos, para condenar la injusticia, prestando uno de los más inteligentes servicios de esas horas confusas y difíciles, en que tan importante es el coraje del soldado como la actividad del escritor que justifica la lucha y la enaltece.

Vémoslo después con el grado de Capitán de Ingenieros Cosmógrafos como miembro del Estado Mayor del General Baraya en su marcha sobre Tunja, cambiando con éste la librea centralista por la de la federación e incorporado con la apasionada y vehemente decisión de su carácter a las primeras de nuestras torpes luchas fratricidas, en que la única que ha perdido siempre la batalla es la patria. Derrotado Baraya por Nariño en la propia capital de Cundinamarca, Caldas debe huir por todos los caminos, acosado por el Precursor, a quien había combatido con la acerbía propia de su temperamento cuando se entusiasma por alguna causa o se sentía engañado, y por tal se tuvo cuando lo envió Nariño en la expedición contra Tunja. Reacciones iguales suscitaron en su alma la falacia de Humboldt al negarse a llevarlo en su comitiva científica, que le dio ocasión para fustigar al prusiano en

cartas quemantes como hierro al rojo y que ulceran su fama con los más corrosivos ácidos. Y aún a su maestro y protector mordió con ira cuando creyóse burlado con el nombramiento de Sinforoso Mutis para Director de la Expedición Botánica, si bien rectificó luego en el bello y justiciero elogio con que regó de siemprevivas la tumba de ese sabio.

En su fuga para escapar de la saña con que Nariño correspondía al odio que le profesaba Caldas, encontró en Antioquia refugio seguro bajo el gobierno del dictador Juan del Corral, enérgico, probo, prudente organizador y de excelente don de mando. A su lado estaba el maestro que inició a Caldas en las ciencias exactas y naturales, don José Manuel Restrepo, como Secretario de Gobierno. Dedicóse entonces, ascendido a Coronel de Ingenieros Cosmógrafos, a entregar todos sus conocimientos y su poder de inventiva a la lucha por la libertad y organizó la primera fábrica de pertrechos militares, para la que en los primeros meses extrajo 60 libras de nitro puro, a fin de fabricar pólvora y, en la que construyó inicialmente dos cañones de fusil por día, venciendo dificultades que sólo su capacidad podía eludir, como lo dice en comunicación al Gobernador del Estado, "obstinado en la empresa, armado de paciencia y sepultado más de dos metros entre los carbones y hollines de la maestranza de Rionegro, preguntando a la naturaleza y arrancándole sus secretos a fuerza de observaciones y experiencias". Además de ésto levantó fortificaciones en Bufú, Cana, Arquía y Caramanta, que considera en su informe "barreras más difíciles de vencer que los muros de Babilonia" y "capaces de sostenerse con gloria por un puñado de antioqueños republicanos, libres e independientes". No fue ésta su única actividad de esos días, pues fundó la Academia de Ingenieros Militares y en octubre de 1814 pronunciaba una admirable oración inaugural del primer curso, en la que traza un plan de estudios que desconcierta por su precisión, como obra de un coleccionista de pétalos y de un cazador de estrellas. En esa escuela enseñó Caldas ciencia y patriotismo, lealtad y valor, pulcritud y templanza a los futuros soldados que habrían de sellar la libertad de América y vengar la sangre de su maestro, vertida dos años después por la barbarie de los pacificadores. Pero antes prestará nuevos servicios: el Gobierno central lo llama y quemando viejos agravios en las aras de la libertad en peligro, torna a Santa Fe para fundar la Escuela Militar, dictar lecciones de fortificación y acomodar la carta geográfica del Virreinato a las necesidades de la guerra. Los primeros cadetes de la patria aprendieron de esos labios purificados por los ardientes carbones de acrisolado patriotismo las mejores lecciones de ciencia, de probidad y de grandeza.

Al llegar aquí nos acercamos al término del drama de esta vida en que una fortuna adversa la signó de tragedia en todos sus momentos. Especialmente dotado para las ciencias exactas, tuvo que estudiar, por exigencia imperativa de su padre, la del Derecho y graduarse de abogado, no obstante que en una de sus cartas advierte: "Me pusieron a Vinio en las manos, pero no había nacido para jurisconsulto. A pesar de los castigos, reconvencciones y ejemplos, no pude tomar gusto a las leyes, ni a Justiniano, y perdí los tres años más preciosos de mi vida"; vuelto a su patria chica, luego de renunciar a la cátedra de

Derecho Civil en el Colegio del Rosario para poderse entregar a sus estudios predilectos, véase forzado por la precaria fortuna familiar a tomar el menos imaginable de los caminos: el de mercader ambulante, buhomero de géneros, bayetas, sarazas y baratijas sin número importadas de Quito, que irá vendiendo en los días de ferias por los pueblos del Huila, con tan mala suerte que al iniciar el peregrinaje por las torturantes vías de ese tiempo, rodó por las laderas del río Páez la carga que llevaba “llena de intereses, ropas y alhajas”, como lo cuenta a Don Camilo Torres, y, al terminarlo, retorna empobrecido y fracasado a los lares paternos, “con el conocimiento de que no era para mercader”. Consagrado por entero al amor de la sabiduría, consigue la amistad del Barón de Humboldt con quien colabora, cuya altísima ciencia e investigaciones aprovecha, y obtiene por munífico gesto de Mutis y sus amigos de Santa Fe el dinero de que carecía para acompañar al ilustre prusiano en su expedición científica por el resto de América, que le daba ocasión de completar en indecible grado sus conocimientos; pero éste, la víspera de su partida, con desdeñoso gesto que no explica, se niega a llevarlo, deshaciendo la más grande ilusión de nuestro sabio, que exclama en carta íntima a su protector ilustre: “Qué rayo, qué golpe tan terrible sufre mi corazón! Del colmo de mi gloria en un momento paso a la melancolía más profunda y a la desesperación. Qué reflexiones tan espantosas me oprimen! Todo el vasto edificio de mis proyectos se desploma; todo desaparece como el humo”. Presentado por Don José Celestino como el único capaz para sucederlo en la dirección de la Expedición Botánica, resulta nombrado Sinforoso Mutis. Contrae matrimonio sin noviazgo y cuando espera en Bogotá a Doña María Manuela Barahona, con quien había casado por poder, las vicisitudes de la guerra lo obligan a encontrarse por primera vez con ella, bajo la luz de los astros amigos, en un monte cercano a la población de La Mesa. Hace parte de la revolución como el más sabio de sus jefes militares y se enfrenta a Nariño; sus consejos son desoídos por la soberbia de Baraya, y derrotado toma el menesteroso camino del proscrito, mientras “el tirano de Cundinamarca” como llamaba al Precursor, le confisca sus escasos haberes, libros e instrumentos, y apresada como rehenes a su esposa y al balbuciente primogénito.

El último acto de la tragedia se cumple el 29 de octubre de 1816 en la plaza mayor de Santa Fe de Bogotá, al sordo redoble de cajas destempladas, en luctuosa procesión que preside el Cristo de los Mártires y al término de la cual una descarga de fusilería frustra en el tiempo y el espacio la gigantesca obra científica del más sabio de los hijos de América. No parece empero que su sino trágico hubiese terminado allí, pues los halos glorificadores de su martirio pretenden ser opacados con la carta a Don Pascual Enrile en que le suplica le perdone la vida, a fin de poder dar cima a las investigaciones iniciadas. Debilidad! Cobardía! Miedo a la muerte!, se he dicho, citando de esa admirable misiva sólo la parte en que pide gracia y sin ponderar las profundas razones que guiaron su pluma al escribirla. Veámoslas.

Luego de sintetizar los trabajos efectuados y los que se encuentran comenzados apenas y la importancia de ellos, le dice: “El Sr. Mutis fue un sabio que más meditaba que escribía, y es un dolor ver

tantas láminas preciosas sin los escritos que les corresponden. Este botánico conoció bien ese vacío y resolvió llenarlo de esta manera: en 1805 me llama con rapidez de Quito... y en la primera conferencia me explica sus miras y eran el de ocuparse seriamente en trasladar a mi espíritu todos sus descubrimientos y todas sus ideas. Tres años y medio gastó ese sabio en imponerme de su flora y en comunicarme su ciencia botánica. Sus grandes ideas sobre la reforma del sistema, sobre sus apotelogamas, sobre las quinas, etc., sólo están depositadas en mi corazón. Qué diré a vuestra excelencia sobre mi grande obra intitulada *Cinchonae*, en que la quina se presenta bajo los aspectos más nuevos y grandiosos, capaces de hacer honor a la nación; perdone vuestra excelencia que tome este estilo elogiador de mis cosas, no es la vanidad el que lo inspira, es el deseo de que vuestra excelencia conozca lo que tiene encerrado mi corazón". Basta la lectura de este párrafo para entender por qué no quería morir Caldas cuando frisaba apenas en 46 años y tenía una vida por delante para presentar al mundo no sólo el fruto de sus pacientes investigaciones y descubrimientos, sino, y por modo principal, la portentosa obra de Mutis en la Expedición Botánica, de cuyos secretos era el único depositario y el sólo capaz de trasladar al papel todo cuanto le comunicó en tres años y medio "ese sabio que más meditaba que escribía". Pedir que se le haga gracia de la vida para culminar semejante empeño puede ser cobardía, debilidad o censurable miedo a la muerte? Morir no es agradable y menos puede serlo para quien se encuentra en la madurez fecunda, pletórica de proyectos admirables, poseedor de profundos secretos científicos, lleno de conocimientos suficientes para honrar y dar gloria a su patria y que mira de pronto la boca de un fusil que hundirá toda esa montaña de fructuosos esfuerzos, incansables desvelos y planes inconclusos en el estrecho marco de una tumba estéril. Es obvio que si puede eludir tamaña desventura habrá de hacerlo por los medios que más adecuados encuentre y el único que tenía a la mano era el de pedir a quien podía entenderlo, porque también "profesa las ciencias exactas y conoce su importancia y mérito", que lo arrancara de las manos de la muerte.

Que en esa carta el acongojado patriota estampa "que está penetrado del más vivo arrepentimiento de haber tomado parte en esta abominable revolución", no es causa que amengüe su patriotismo, ni desvíe los verdaderos motivos por los que pedía gracia. Humano y lógico es que quien solicita le perdonen la vida no puede hacerlo reafirmando la bondad de los actos que lo llevan al cadalso, pues sería gesto de altivez inútil o de torpe burla, que lejos de conseguir el propósito buscado conduciría de inmediato a su negación rotunda. En qué momento escribe Caldas esa carta? Cuando todo parece perdido, en el instante en que la causa de la libertad alienta sepultada bajo el peso de sangrientos sucesos desastrosos y cuando ante él, prisionero y terminada su breve carrera de insurgente, volvían a abrirse luminosas las estrellas y las constelaciones, los pétalos y las flores. Juzgada esa frase ante estas circunstancias, es claro que no puede dársele alcance distinto del de reforzar el nobilísimo motivo que lo llevaba a pedir gracia de la vida y no el de realizar un acto de cobarde traición o de injustificada felonía. Demuestra con plenitud este aserto el hecho de que Simón Mu-

ñoz, el guerrillero patiano que condujo a Caldas y a Francisco Antonio Ulloa, por extraviados caminos, hacia Santa Fe, para ser entregados a la vindicta pacificadora, por vieja amistad de familia le facilitó la fuga, pero Caldas no la aceptó si de la misma manera no se dejaba en libertad a su compañero de martirio. Quien así procede no es cobarde, ni es desleal y quien tiene gesto de tanta gallardía y nobleza, no puede ser aminorado con justicia cuando procura esquivar la muerte para concluir su obra científica con un medio justo y lícito como el pedir que se le haga gracia de la vida.

Por desventura para la humanidad dicen que el pacificador subrayó su negativa parodiando la respuesta dada a otro sabio, Lavoisier, quien pidió también se le dejaran concluir sus experimentos antes de llevarlo al cadalso, con esta frase absurda: "España no necesita de sabios", no porque lo creyera así el bárbaro soldado, sino porque tenía bien sabido que la independencia americana era obra de los intelectuales que buscaban la liberación de los espíritus y "una cabeza pensadora menos era un eslabón más en la cadena de la tiranía". Caldas fue fusilado como sus ilustres compañeros de sacrificio, Francisco Antonio Ulloa, su discípulo e ilustre abogado payanés, Miguel Buch, español que entendió la justiciera causa de los criollos, Miguel José Montalvo, cuya "burlona entereza" ante el suplicio desconcierta, y como quienes los precedieron en el patíbulo o a él subieron luego, porque sus inteligencias guardaban la claridad de América y sus recias voluntades, guiadas por el convencimiento de que la verdad nos hace libres, eran férvidos manantiales de amor a una patria sin servidumbres intelectuales ni políticas, que fecundarían con vivificantes ondas los dolorosos surcos en que germinaba la libertad de un continente.